

Fermat

Berardo Castiñeira de Aragón

“Para todos los que amamos las matemáticas.”

Paul se sentó incómodo en su butaca de piel. La edad no dejaba de marcar su rostro con profundas líneas en la piel cuyo comienzo y final eran indecisos. Sus ojos, que en otro tiempo habían sido de un vivo color azul, ahora buscaban desesperadamente la luz que desprendieron tiempo atrás. Se miró las manos vacías y observó decaído que habían perdido la fuerza y el vigor de antaño. Aunque su cuerpo no había superado los cincuenta años su alma vagaba indecisa entre los noventa y los cien años y cada día que superaba era un penoso viaje hacia algún lugar que, sea cual fuese, le causaba profundo dolor.

Se echó las manos a la cabeza e indagó en sí mismo en busca de un único motivo que le impulsase a levantarse de aquel sofá. Apretó fuertemente sus sienes. Pronto comenzó a sudar y aquellas gotas de sudor que resbalaban por su piel se mezclaron con las lágrimas que florecían marchitas por sus ojos. Se tapó la cara con las manos para evitar que los fantasmas de toda su existencia le descubrieran llorando como un simple niño que no quería admitir que todos sus juguetes se habían roto y se volvían despreciables. Entonces gimió. Era un gemido profundo y vasto que llegaba al exterior como la sombra de un grito que, encadenado por el peso de los años, no es capaz de liberarse.

Lo encontró. Encontró el motivo para levantarse. Se incorporó empapado de sudor y lágrimas y se acercó a su escritorio. Abrió el cajón y sacó de él un pequeño revólver que guardaba para su propia seguridad. No dejaba de ser irónico –pensaba él- que el objeto que garantizaba su propia seguridad fuese el que iba a terminar con los fantasmas que le atormentaban. Lo colocó encima de la mesa, se sentó, cogió un papel y una pluma y mientras puso en el tocadiscos la sonata “claro de luna” de Beethoven se dispuso a escribir su testamento.

Paul había sido un brillante matemático durante toda su vida. Al comienzo de su carrera profesional, varios éxitos deslumbraron a toda la comunidad científica y su nombre era conocido por todas partes. Pronto consiguió una plaza en una prestigiosa universidad y en ella desarrolló su labor docente acompañada de su incansable tarea investigadora. Su campo era la teoría de números por la que se sintió atraído desde que conoció, casualmente, la existencia de los números que Pitágoras llamaba “perfectos”, aquellos que son la suma de todos sus divisores. Con el tiempo su genialidad se tornó en mediocridad y, aunque seguía escribiendo con

periodicidad en las revistas científicas y estaba en contacto con la comunidad, su nombre desapareció de los congresos más importantes y nadie contaba con él a la hora de verificar un resultado o a la hora de pedirle consejo. Nadie está muy seguro de si la muerte de la genialidad que despuntó al inicio de su carrera fue causa o consecuencia de su casi total pérdida de ilusión por el mundo de las matemáticas. Éstas le insidiaban constantemente en su trabajo y en su vida y no podía separarse de ellas produciendo en él una insaciable sensación de hastío de todo.

Un día llegó al despacho una nueva profesora, Judith. La primera impresión que tuvo de ella le descolocó momentáneamente. Era una mujer hermosa. Aparentaba tener la misma edad que él y no podía dejar de observar admirado aquella sonrisa sincera que regalaba a todo el que se acercaba. Con el paso de los meses y el trabajo conjunto que les unía, Paul se enamoró profundamente de ella. Era una mujer especial y llena de virtudes. Paul, que creía que el sentimiento era recíproco, decidió un día manifestarle todos sus sentimientos y explicarle cómo en seis meses había conseguido que se volviese a emocionar con su vida, con su trabajo, con las matemáticas y, especialmente, con ella. Pero antes de que él dijese nada ella le habló de su amor por otro hombre. En aquel momento un oscuro telón cubrió el entendimiento y el alma de Paul. Nunca supo qué ocurrió en los instantes posteriores ni lo que dijo. Pareciera que todo el ánimo recobrado en el último medio año desde la llegada de Judith le hubiese golpeado violentamente. Tras dos días de intensa agonía, una tarde, sentado en su butaca de piel decidió quitarse la vida.

Como siempre hacía con todo, decidió organizar de forma meticulosa y ordenada su muerte. Después de meditarlo, consideraba que aquello no respondía a un momento de frustración nefasta si no, más bien, a la resolución adecuada y elegante de una ecuación en la que finalmente la solución, que existía y era única, era el suicidio. Escribió su testamento. Escribió también una carta en la que explicaba su situación para que la leyesen cuando encontrasen su cuerpo. Lo cierto es que dudaba que a nadie le importase mucho los motivos pero, le parecía lo más apropiado dadas las circunstancias. Y, finalmente, preparó cómo sería la noche de su muerte. Claramente –pensaba él- debía ser por la noche, que es el momento más preciso para las acciones sobrecogedoras. Es más, sería exactamente a media noche envuelto entre las notas del Réquiem de Mozart que comenzaría puntualmente a las 23:00 de forma que su cuerpo yaciese en el suelo atravesado por una bala mientras la magnífica Misa de muertos tocaba a su fin. Así quedaría patente que, en definitiva, todo acaba.

Por fin llegó la noche elegida. Era una noche abierta en la que las estrellas brillaban poderosamente queriendo ser testigos directos del suceso que iba a tener lugar. Paul lo había

dejado todo preparado y aún le quedaban algunas horas hasta la media noche. Se sentó una vez más, la última, sobre su butaca de piel en medio del despacho de su casa. Contempló todo lo que le rodeaba. Un magnífico despacho acabado en madera cuyas paredes quedaban ocultas por una espléndida biblioteca atestada de libros, unos de contenido matemático, otros de literatura y una última sección llena de autores de filosofía. En su esquema inicial no había previsto que le sobrase tanto tiempo antes de la media noche así que para matar el tiempo – le pareció irónico tener que matar el tiempo antes de matarse a sí mismo- cogió un libro. Eran los dos artículos de Andrew Wiles en los que se recogía la demostración del Teorema de Fermat.

Lo abrió por una parte que conocía muy bien y había estudiado en varias ocasiones. Era una de las partes fundamentales en las que se demostraba la conjetura de Taniyama-Shimura. Aquellas fórmulas y números eran una sinfonía maravillosa orquestada por un magnífico director y a la vez autor. Todo parecía tener sentido y cerrarse en sí mismo. Contemplaba la maravilla de las matemáticas que, con su estructura perfecta, definen de manera exacta su propia esencia. El orden, la pulcritud, la puntualidad, la exactitud, la coherencia, la ausencia de sinsentidos, la lógica, todas las virtudes a las que aspira el hombre quedan embebidas en las matemáticas y es por esto que, al igual que un músico se deleita con la armonía, aquellos que saben entender las matemáticas se deleitan y disfrutan con el reto que éstas suponen. De pronto, las notas del Réquiem comenzaron a sonar. Aquellas notas llegaron a la mente de Paul como un bálsamo reconfortante. “Ya llega el momento de terminar con esto”.

Continuó observando la demostración. Entonces vio algo extraño en ella. Era una nota discordante en medio de la inmensa jerarquía de notas bien organizadas que la acompañaban. No podía detectar si se trataba de un fallo del músico o, más bien, una nota que el autor no había puesto en el lugar correcto. Era un paso probablemente baladí en la demostración pero no estaba del todo detallado. Andrew Wiles había supuesto que la solución de una ecuación trivial era una constante real, lo cual tenía sentido, pero después hacía uso de ella considerando que era un número positivo y esto no quedaba reflejado en ningún paso previo. Esto le inquietó. Aquella demostración había sido revisada por cientos de matemáticos y no podía contener un fallo tan trivial pero... ¿Y si la estructura formal de la demostración había sido bien revisada pero un detalle tan nimio había pasado desapercibido? Rápidamente Paul tomó un lápiz y garabateó los pasos previos y siguientes al punto dudoso sobre el margen del libro. Parecía tener sentido que aquella constante fuese positiva pero... ¿Por qué? La intuición dejaba claro que tenía que ser así pero la intuición, tan válida para físicos e ingenieros, no es suficiente para un matemático. Tras

un rato trabajando decidió usar un cuaderno pues todos los márgenes estaban ya repletos de números

El silencio, agazapado durante el Réquiem, reinaba ahora triunfante en el despacho mientras Paul seguía concentrado y preocupado por aquella cuestión tan aparentemente sencilla pero a la par enrevesada. Maldito Fermat –pensó-. Las horas pasaban mientras Paul continuaba absorbido por aquel paso. Parecía que había avanzado bastante y, desde luego, no era algo tan absolutamente trivial como para no detallarlo en la demostración. Tenía buen aspecto el rumbo que había tomado Paul en sus notas y llevaba tres folios rellenos. Ya comenzaba a ver la luz al final del túnel. En unos pocos pasos más habría, por fin, terminado. En su mente tenía perfectamente clara la estructura de los últimos pasos y ya veía que, en efecto, aquella constante debía ser positiva. Finalmente, terminó. La última línea que escribió contenía sencillamente “*por tanto, a es una constante real positiva*”. Respiró tranquilo y se recostó en la butaca con la satisfacción de quien ha completado un duro trabajo con un acabado brillante.

Entonces un fogonazo le cegó instantáneamente. Al recuperar la vista miró hacia la fuente de la luz. Era el primer rayo de sol que se asomaba por la ventana. La luz del sol iluminaba completamente su rostro. De pronto se dio cuenta... No se había suicidado. Contempló el libro, sus notas en los papeles, el revolver sobre la mesa. Todo tal y como lo había dejado al inicio de la noche. Entonces sonrió, era una sonrisa sincera y profunda como hacía mucho tiempo que no disfrutaba. Volvió a mirar al cielo. Parecía que Dios, a través de las matemáticas, le había regalado una vez más la vida. Se sintió descansado y sintió asimismo el rebrotar de la vida en su interior con una fuerza desconocida para él. Una vez más las lágrimas florecieron de sus ojos pero esta vez radiantes como el sol que las cubría con su luz. Oró como hacía muchos años que no había hecho. Sentado en su butaca de piel contempló sus manos y, aunque envejecidas, se dio cuenta de que aún tenían la fuerza y el ánimo para seguir trabajando y luchando. Es la maravilla de la vida –pensó de repente- que es un torrente de esperanza y fuerza que dura incluso después de la muerte, un paso más en la vida. Se levantó, arregló sus cosas, cogió su cartera llena de apuntes y se fue a la universidad.

Desde entonces no desperdició ni un solo segundo de su vida. Sus clases se convirtieron en auténticas lecciones vibrantes y emocionantes en las que sus alumnos disfrutaban y gozaban con sus maestras palabras. En la comunidad científica volvió a despuntar ilusionado como lo había hecho en su juventud y nunca dejó de hablar a todos del don inmenso recibido con la vida, escenario perfecto donde enamorarse, sufrir y amar son preciosas oportunidades para disfrutar aún más de ella. Finalmente, Paul murió felizmente una dulce tarde de otoño treinta años más

tarde de “la noche de su verdadero nacimiento”, como él la llamó siempre, con una sonrisa en los labios. La misma sonrisa que dedicó siempre al mundo en su paso por él.